

# *La institución bibliotecaria en el mundo helenístico*

AMPARO GARCÍA CUADRADO  
*Universidad de Murcia*

## RESUMEN

Tomando la antigua Biblioteca de Alejandría como paradigma de institución bibliotecaria en el Mundo Antiguo, se lleva a cabo el análisis en esta biblioteca de los elementos constitutivos del proceso informativo-documental tal como los entiende la Ciencia de la Documentación en la actualidad, así como, de las tareas documentales inherentes a dicho proceso llevadas a cabo por los bibliotecarios alejandrinos. El carácter universal, público y de servicio a la investigación de las bibliotecas helenísticas coloca a estas instituciones como hito fundamental en la Historia de las Bibliotecas.

## ABSTRACT

Taking into account the ancient Library of Alexandria as a paradigm of library institution in the Ancient World, the analysis of the constituent elements of the information and documentary process is carried out in that library in a way as it is nowadays understood by the Information Science, as well as by the documentary tasks which are inherent in such process when carried out by Alexandrian librarians. The universal public research feature of Hellenic libraries makes these institutions be an essential landmark in the History of Libraries.

## EL FLORECIMIENTO CULTURAL HELENÍSTICO: ALEJANDRÍA

Tras la conquista de Asia Menor y de la costa del Mediterráneo Oriental por Alejandro Magno tiene lugar la ocupación pacífica de Egipto en el año 332 a.C. A partir de ese momento, el Mediterráneo pasará a convertirse en un mar griego y, Alejandro buscará el lugar adecuado donde establecer la capital del panhelenismo con el que había soñado, ordenando a su arquitecto Dinócrates la construcción en la costa egipcia una ciudad griega: Alejandría<sup>1</sup>. Las conquistas de Alejandro van a configurar un nuevo mundo en donde la cultura griega alcanza su máximo exponente y uniformidad aunando un vasto espacio geográfico.

En efecto, el mundo helenístico constituyó una cultura uniforme que perduró muchos siglos. La pertenencia a esta *koiné* vendrá determinada no por razones de tipo étnico sino educativas según nos señala el escritor y orador griego del siglo IV a.C. Isócrates: «*Se usa el nombre de griego no como el de una raza, sino como el de una cultura, y se califica de griego más a los que participan en nuestra educación que a los que tienen el mismo origen*»<sup>2</sup>.

Fue, pues, el propio conquistador macedonio quien dispuso la fundación de la «polis» por antonomasia, Alejandría, concebida como un gran puerto para exportar las riquezas del suelo egipcio e importar las mercancías tan necesarias para sus habitantes. Desde su creación, esta ciudad superó a las viejas ciudades del interior como Menfis e incluso a la propia Atenas, llegando a ser la más populosa de la Antigüedad después de Roma. Las fuentes antiguas nos hablan de una ciudad moderna, construida a prueba de fuego, en mampostería, piedra y mármol, y adornada con impresionantes monumentos repartidos entre el barrio residencial o Brucheion, donde se ubicaban los palacios reales, los edificios administrativos y públicos más significativos, y el barrio egipcio, Rakotis. En el centro de la ciudad se levantaría más tarde el soma o tumba de Alejandro.

El sueño de Alejandro de crear una Grecia única con capitalidad en Alejandría desaparece con su fundador ya que, tras su muerte en el año 323 a.C., se va a producir la desmembración y reparto de su Imperio entre sus generales, constituyendo reinos independientes y rivales entre sí. Cada uno deseaba que su territorio fuera el más extenso y poderoso, al tiempo que adquiriese el máximo prestigio intelectual y cultural. Los Pto-

<sup>1</sup> FERNÁNDEZ AVILÉS, P., *Alejandría. Mito y realidad. Selección bibliográfica*. Madrid, etc., Asociación de Amigos de la Biblioteca de Alejandría, etc., 1994, p. II.

<sup>2</sup> ESCOLAR, H., «El rapto de la literatura por los bibliotecarios de Alejandría», cap. 1 de *El compromiso intelectual de bibliotecarios y editores*. Salamanca; Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, Pirámide, 1989, p. 68.

lomeos en Egipto, los Seleúcidas en Siria y los Atálidas en el reino de Pérgamo, llevados por ese deseo de supremacía cultural establecieron bibliotecas y centros de enseñanza en sus capitales respectivas: Alejandría, Antioquía y Pérgamo<sup>3</sup>. Así, según nos refiere Polibio, en el s. II a.C., todas las ciudades helenísticas contaron con bibliotecas públicas. «Se puede lograr información de los libros, sin peligro y sin fatiga —señala el historiador griego— con tal de que uno haya tomado la precaución de residir en una ciudad que posea suficiente cantidad de obras, o en cualquier lugar próximo a una biblioteca»<sup>4</sup>.

Estas bibliotecas helenísticas a las que se refiere Polibio han desaparecido pero entre todas ellas la de Alejandría pervivirá en el recuerdo, no sólo por ser la mayor de toda la Antigüedad, sino también por estar asociada a la investigación científica, siendo consultada por los eruditos de todos los puntos del Mediterráneo.

Por lo que a Egipto se refiere, Ptolomeo Lago, general y amigo de Alejandro, obtuvo en el reparto del Imperio Alejandrino la satrapía de Egipto, transformándola en reino en el año 304 a.C. y consolidando una dinastía que perdurará tres siglos. En este reino van a convivir la vieja cultura egipcia y la moderna cultura griega traída por los conquistadores. La ciudad de Alejandría, gracias a la decidida voluntad de los primeros Ptolomeos, fue durante 500 años la capital de la cultura griega<sup>5</sup>. Aunque los monarcas egipcios no fomentaron una política sistemática de helenización, todas las comunidades que allí convivieron, griegos, judíos y egipcios en menor grado, se helenizaron ya que «la adopción del griego como idioma oficial de la Administración contribuyó sin duda a convertirla en la lengua común de los habitantes (*lingua franca*). A la vez, además del *Gymnasion* público, que Estrabón consideraba el edificio civil más bello en el centro de la ciudad, se erigieron otros muchos «*gimnasios*» de carácter privado, que proporcionaron la necesaria educación elemental siguiendo la tradición pedagógica griega»<sup>6</sup>. Junto a esto, en los círculos intelectuales del s. III a.C. se desarrollaron dos tipos de actividades cuyo centro neurálgico fue el Museo de Alejandría:

---

<sup>3</sup> EL-ABBADI, M., *La antigua Biblioteca de Alejandría. Vida y destino*, Madrid, Unesco, Asociación de Amigos de la Biblioteca de Alejandría, 1994, p. 85. Este interesante estudio del profesor El-Abbadi ha sido utilizado como base del presente trabajo, así como, la transcripción de los múltiples textos de la Antigüedad que el autor aporta en su reconstrucción histórica.

<sup>4</sup> POLIBIO, 12.27.4,5.

<sup>5</sup> ESCOLAR, H., *Historia de las Bibliotecas*. Salamanca; Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, Pirámide, 1990, p. 62.

<sup>6</sup> EL-ABBADI, M., *op. cit.*, p. 56.

1. Un ferviente interés por la historia de los inventos como apoyo necesario para la investigación académica y para los descubrimientos científicos.
2. La evolución paulatina desde un mero gusto por las antigüedades a una aptitud crítica de la herencia del pasado.

Para el desarrollo de ambas actividades la documentación disponible en la Biblioteca de Alejandría resultó imprescindible<sup>7</sup>.

### EL MUSEO ALEJANDRINO COMO CAUSA FUNDACIONAL DE LA BIBLIOTECA

Los estudios más modernos, pese a la contradicción entre las fuentes antiguas, atribuyen a Ptolomeo I Sóter la creación del Museo y también de la Biblioteca con la inestimable colaboración de Demetrio de Falero. Este griego, seguidor de la Escuela peripatética de Aristóteles, había sido tirano de Atenas y tras su destierro de la ciudad fue llamado por el rey egipcio como consejero y asesor cultural hacia el año 297 a.C.

Parece que fue él quien sugirió a Sóter la idea de crear en Alejandría un gran centro de investigación y que éste contara con una importante biblioteca. La elección de Demetrio de Falero por parte del rey egipcio para poner en marcha el proyecto no debe extrañarnos ya que también Ptolomeo I había recibido las enseñanzas de Aristóteles y Teofrasto y, por tanto, se sentía enormemente atraído por su formación peripatética. Esta formación común a ambos artífices va a marcar decisivamente las características del Museo Alejandrino. Este seguirá el modelo de las famosas escuelas atenienses: la Academia de Platón y especialmente el Liceo de Aristóteles. Según sabemos por el testamento de Teofrasto, director del Liceo entre los años 322-286 a.C., el Liceo ateniense fue no sólo un centro de enseñanza sino una fundación religiosa ya que comprendía entre otras dependencias un santuario dedicado a las Musas, un pequeño patio porticado (*stoidion*), otro patio porticado (*stoa*), el célebre peripatos y diversas dependencias<sup>8</sup>.

Por su lado, Estrabón en el siglo I a.C. al referirse al Museo alejandrino señala que «*Forma parte del palacio real, tiene un pórtico (peripatos), una galería (exedra), y un amplio edificio que alberga el refectorio donde los miembros del Museo comen juntos. En esta comunidad, incluso el dinero es*

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 75.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 91.

común, también cuentan con un sacerdote en otro tiempo designado por los reyes, y en la actualidad por Augusto»<sup>9</sup>.

Este texto de Estrabón, así, como el propio apelativo de «Museo» resultan reveladores; al igual que las escuelas atenienses, este centro de erudición contó también con un templo dedicado a las Musas. A éstas se les atribuía la inspiración filosófica, artística y según Vitruvio también la inspiración científica<sup>10</sup>.

Vemos, pues, grandes similitudes entre el Museo y sus inspiradoras escuelas griegas. A esta institución protegida por los reyes Ptolomeos acudirán las mejores mentes de la época y, allí, libres de toda preocupación económica, abordarán sus tareas investigadoras en las más diversas ramas de la Ciencia.

Sabemos algunos datos sobre la organización y carácter del mismo<sup>11</sup>:

1. Parece que fue un organismo autónomo dotado con una asignación para hacer frente a sus gastos pecuniarios.
2. Se encontraba gobernado por un sacerdote rector, responsable de la observancia espiritual del culto a las Musas y un director o funcionario encargado de las finanzas y de la administración general.
3. Sus miembros, protegidos por los reyes, gozaban de una serie de privilegios dado que no sólo dispusieron de casa y comida sino también de exención de impuestos y posiblemente recibieran importantes remuneraciones. En este sentido, el Museo puede ser considerado como una auténtica sociedad real, no una libre asociación de estudiosos ya que el nombramiento de sus miembros dependía de la aprobación de los reyes. Una vez admitidos como tales, los eruditos gozaban de un alto grado de libertad y de grandes facilidades para sus tareas de investigación y estudio.
4. La función asignada a esta sociedad real fue la de investigación y no hay constancia de que se impartiera allí ningún tipo de enseñanza regular, al menos, en época ptolomaica. Posiblemente existiera la costumbre de incorporar a jóvenes aventajados en calidad de ayudantes en las tareas de investigación. Ya en época romana parece que la función docente toma carta de naturaleza pero sin abandonar las tareas investigadoras.

<sup>9</sup> ESTRABÓN, 17.1.8.(c.794).

<sup>10</sup> VITRUVIO, *De Architectura*, 9, pref. 7.

<sup>11</sup> ESCOLAR, H., *Historia de las Bibliotecas...*, op. cit., pp. 63 y 64. EL-ABBADI, M., *La antigua Biblioteca...*, op. cit., pp. 92-94.

5. Los miembros del Museo se centraron, pues, en tareas de investigación científica: matemáticas, astronomía, medicina, geografía y fundamentalmente filología. Como ha estudiado el profesor El-Abbadi, la civilización helenística tuvo como preocupación inmediata preservar, pero también comprender correctamente, los escritos de épocas pasadas. Este planteamiento, llevará a los eruditos alejandrinos a crear una nueva disciplina que acabó por denominarse «comentario de textos». «En vista de las diferentes versiones de una misma obra era necesario decidir cuál era la lectura correcta, lo que requería meticulosas investigaciones no sólo sobre la lengua y el estilo del poeta sino también sobre la historia y la cultura del período del que databa el texto»<sup>12</sup>.

Para atender especialmente las necesidades de información de los miembros del Museo se fue conformando el fondo bibliográfico más importante y rico de la Antigüedad. Evidentemente, la labor asignada al Museo hubiera sido irrealizable sin una buena colección de libros, pero además esa colección debió constituirse, sin duda, en un eficiente señuelo para decidir a algunos intelectuales a abandonar sus ciudades de residencia y marchar hacia Alejandría; o preferir la invitación de los reyes de Egipto a las que les llegaban de las capitales de otros reinos helenísticos. Por tanto, la Biblioteca nace como una necesidad práctica para los trabajos del Museo, pero no como una biblioteca-depósito de libros sino como «una institución que adquiere libros apropiados a una finalidad y los guarda con un cierto orden para facilitar su rápida localización y consulta»<sup>13</sup>.

## LA BIBLIOTECA DE ALEJANDRÍA

Nuevamente, al abordar el nacimiento de la Biblioteca hemos de referirnos a Demetrio de Falero, ya que fue él quien propuso su creación, como ya hemos apuntado, a Ptolomeo I Sóter. Demetrio fue un hombre de grandes conocimientos bibliográficos y qué duda cabe que la experiencia adquirida en el Liceo sobre la utilización de los libros para la investigación y la formación intelectual fue decisiva a la hora de llevar a cabo las tareas de formación y organización de la colección alejandrina. Como señala H. Escolar, la frase de Estrabón sobre el hecho de que «*Aristóteles enseñó a los reyes egipcios cómo organizar una Biblioteca*», debe ser intepre-

<sup>12</sup> EL-ABBADI, M., *ibid.*, p. 122.

<sup>13</sup> ESCOLAR, H., *Historia de las Bibliotecas...*, op. cit., pp. 68 y 69.

tada en el sentido de que fueron los Ptolomeos quienes concibieron la idea y pudieron llevarla a efecto gracias a la experiencia obtenida en el funcionamiento de la Biblioteca del Liceo. A imitación de ésta Demetrio propuso la creación y organización de una institución documental mucho mayor como correspondía al poder y la riqueza de la corte egipcia. De esta manera serían capaces de ofrecer a los miembros del Museo prácticamente la totalidad de la creación escrita en lengua griega<sup>14</sup>.

Son escasísimas las noticias sobre el edificio y sus instalaciones porque la Biblioteca nadie la describe. Sorprendentemente las fuentes antiguas guardan silencio a este respecto y tampoco se han podido localizar los restos arqueológicos de la misma<sup>15</sup>. Esta falta de informaciones obedece a que tal vez no hubo un edificio especial construido para ella como lo había para el Museo. Sería por tanto una sección más del centro de investigación, sin sala de lectura dado que ni los griegos ni los romanos usaron la mesa para leer. Esta se impuso ya en la Edad Media como consecuencia del abandono del formato rollo por la adopción del codex para el libro. También, sin duda, dado que la lectura no era silenciosa sino en voz alta hubiera sido inconcebible una sala de lectura convencional. Más bien, la lectura de los textos debió desarrollarse paseando por los pórticos, jardines y la exedra del Museo<sup>16</sup>. Por tanto, la biblioteca debió estar constituida tan sólo por pequeñas habitaciones donde ubicar en estanterías, nichos, arcones y cestas los rollos que constituían su fondo.

Por su parte, el profesor M. El-Abadi<sup>17</sup> sostiene una posición contraria. El hecho de que los arqueólogos no hayan podido localizar su ubicación y que las fuentes sean tan parcas en este punto, no significa que la biblioteca no existiera como organismo independiente del Museo, con su propio edificio y organización. Para el citado profesor ésta debió estar ubicada cerca del Museo, dentro del recinto de los palacios reales que dominaba el puerto de Alejandría. Cincuenta años más tarde, cuando la cantidad de libros superó la capacidad de la biblioteca, se decidió abrir un anexo que pudiera acoger ese excedente. Este fue instalado en el Templo de Serapis, construido por Ptolomeo III Evérgetes (246-221 a.C.), situado lejos del recinto real en el barrio egipcio al sur de la ciudad. El anexo se convirtió pronto en una auténtica biblioteca y durante la dominación romana llegó a ser centro de enseñanza.

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 69. ESTRABÓN, XIII, 1, 54.

<sup>15</sup> Un ejemplo muy significativo es el testimonio del gramático y sofista Ateneo de Náucratis, quien en el s. II a la hora de hablar de la famosa biblioteca nos dice: «Por lo que respecta a la cantidad de libros, la organización de las bibliotecas y del conjunto del Museo, ¿qué podría añadir yo que no fuera conocido por todos?», V, 203 D-E.

<sup>16</sup> ESCOLAR, H., *Historia de las Bibliotecas...*, op. cit., p. 73.

<sup>17</sup> *La antigua Biblioteca...*, op. cit., pp. 97-98.

Pese a la existencia de esta biblioteca filial, ninguna fuente ptolomai-ca se refiere a la biblioteca como si constara de dos partes distintas. Normalmente hablan de «Biblioteca del Rey» o de «la Gran Biblioteca», tal vez por el hecho de que sólo existiera un bibliotecario jefe nombrado por el rey. Sólo, a partir del siglo IV d.C. se menciona la existencia de dos bibliotecas. Epifanio, monje y escritor, en su obra *Pesos y medidas* escribe: «la primera Biblioteca y la otra construida en el Serapeum, más pequeña que la anterior, a la que llaman la Hija de la primera»<sup>18</sup>. Por su parte, Aftonio, a finales del siglo IV describe esta segunda biblioteca, dentro del Templo de Serapis, con estancias para ordenar los libros y abiertas a aquellos que dedicaban su vida al estudio, añadiendo que «son estas salas de estudio las que llevaron la ciudad al firmamento de la filosofía. Otras salas estaban dedicadas al culto de los antiguos dioses»<sup>19</sup>.

Las fuentes nos hablan también de la existencia de un *scriptorium* o taller de copia donde posiblemente se establecieron normas ideales para el formato de los libros: extensión del rollo, anchura de las columnas, número de líneas por columna, letras por líneas, etc. Esta normalización, qué duda cabe, sería seguida por los talleres comerciales en tanto que la Biblioteca debió constituir un importante comprador<sup>20</sup>.

El desarrollo de esta institución documental fue posible gracias al apoyo permanente de los reyes egipcios y para algunos autores, la decadencia política, económica y social que tiene lugar en el siglo II a.C. no impidió que las actividades librarias siguieran en toda su pujanza. En realidad, el destino final de la Biblioteca pudo estar asociado a la desaparición de la dinastía que la hizo hacer. Es esta la postura defendida por M. El-Abbadi para quien, los testimonios aportados por Plutarco y otros autores confirman sin duda que la Gran Biblioteca fue destruida en el año 48 a.C., tras el incendio de los edificios cercanos a la costa durante la Guerra de César<sup>21</sup>.

<sup>18</sup> EPIFANIO, 12.

<sup>19</sup> Cit. recogida por EL-ABBADI, de BOTTI, G., *L'Acropole d'Alexandrie et le Serapeum d'après Aphthonius et les fouilles*. Memoria presentada ante la Sociedad Arqueológica de Alejandría, 1985, pp. 23-26.

<sup>20</sup> DAHL, S., *Historia del libro*. Madrid, Alianza Editorial, 1983, p. 29, y ESCOLAR, H., *Historia...*, op. cit., p. 74.

<sup>21</sup> «Cuando el enemigo trató de separarlo de su flota, César se vio obligado a repeler el peligro recurriendo al fuego, que se extendió desde los astilleros y destruyó la "Gran Biblioteca"», PLUTARCO, *César*, 49; AULIO GELIO en el s. II d.C. señala que un gran número de libros «se quemaron totalmente durante el saqueo de la ciudad, en el trascurso de nuestra primera guerra en Alejandría, no intencionadamente o por orden de nadie sino accidentalmente por las tropas auxiliares», en *Noches Áticas*, VII, 17.3. Por su parte, AMIANO MARCELINO, 22.16.13 (s. IV d.C.), escribe acerca de «la destrucción por el fuego de una inestimable biblioteca de 700.000 libros durante la Guerra de Alejandría, cuando la ciudad fue destruida en época de César, el dictador». Sobre el destino final de la Biblioteca, ver la



Después de su desaparición la filial de la Biblioteca se convitió en la principal biblioteca de Alejandría. Así, durante los primeros siglos de la dominación romana, el Museo y la biblioteca del Serapeum prosperaron protegidos por los emperadores, lo que permitió a los sabios perpetuar la tradición de la erudición Alejandrina. A mediados del siglo IV, Amiano Marcelino nos proporciona un retrato de la aún floreciente vida intelectual de la ciudad. Dice así el historiador romano de origen griego en su *Rerum Gestarum Libri XXXI*:

Incluso ahora, en esta ciudad, se escuchan las diversas ramas del saber, pues los maestros de las artes siguen vivos, la vara del geógrafo muestra los conocimientos recónditos, no se ha marchitado completamente el estudio de la música, la armonía no ha sido silenciada y algunos mantienen viva la llama del estudio del movimiento de la Tierra y de las estrellas; además existen hombres versados en la ciencia que revela los secretos de la adivinación. Pero, sobre todo, el estudio de la medicina... se desarrolla cada día<sup>22</sup>.

Sin embargo, pese a la existencia de esta intensa actividad intelectual descrita por el historiador romano, con la proclamación del Cristianismo como religión oficial del Imperio, el carácter sagrado de los templos empezó a verse amenazado. La campaña lanzada contra el paganismo por el emperador Teodosio en el 391 d.C. determinó la desaparición del templo de Serapis y también de su biblioteca.

El destino final de la Biblioteca madre expuesto por M. El-Abadi no es compartido por otros estudiosos para los que no es seguro que el famoso incendio alcanzase a la Biblioteca; posiblemente las llamas destruyesen tan sólo algunos fardos de rollos en blanco que estaban apilados en el Puerto para su exportación. Como es lógico, con la llegada del cristianismo comenzó la auténtica decadencia de la Biblioteca y del Museo ya que fueron instituciones creadas al servicio de la cultura pagana y, así, su continuación no debió ser fácil bajo la dependencia de un régimen político que las perseguía al considerarlas en el contexto cultural que se deseaba erradicar<sup>23</sup>. En el siglo V el historiador español Orosio en su *Historia contra los paganos*<sup>24</sup> habla de los estantes vacíos de la Biblioteca de Alejandría, que él vio a principios de la centuria.

---

obra de M. EL-ABBADI donde se recoge una nueva interpretación de las fuentes antiguas referidas a esta cuestión, pp. 164-173.

<sup>22</sup> AMIANO MARCELINO, 22.16.17.

<sup>23</sup> ESCOLAR, H., *Historia...*, op. cit., p. 91.

<sup>24</sup> OROSIO, 6.15.32.

## LOS BIBLIOTECARIOS

Los bibliotecarios alejandrinos, primer elemento del proceso informativo documental, fueron los herederos de los antiguos bibliotecarios sumerios, aquellos que crearon las bases elementales de la Biblioteconomía y de la profesión bibliotecaria en tanto en cuanto idearon unas normas para conservación organizada de los documentos<sup>25</sup>. Sus nombres han quedado en el olvido, pero no así los nombres de algunos de los bibliotecarios más significativos de la Biblioteca de Alejandría. Conocer la identidad de estos profesionales nos permite señalar algunas notas que los caracterizan: su origen, formación intelectual y situación social dentro de la comunidad de estudiosos de Alejandría.

Si bien las fuentes no coinciden en cuanto al orden de sucesión de tales profesionales al frente de la gran institución documental, la fusión de los datos aportados por las dos fuentes que proporcionan nombres concretos (el escritor bizantino Tzetzes y un papiro de Oxirrinco) ha permitido establecer la siguiente secuencia:

1. Zenódoto, ca. 285-ca 270 a.C.
2. Apolonio de Rodas, ca. 270-245 a.C.
3. Eratóstenes, 245-204/201 a.C.
4. Aristófanes, 204/201-189/186 a.C.
5. Apolonio Eidógrafo, 189/186-175 a.C.
6. Aristarco, 175-145 a.C.
7. Kydas (hombre de armas), 145-116 a.C.

De esta lista, resulta significativa la ausencia de dos personajes íntimamente ligados a la Biblioteca: Demetrio de Falero y Calímaco.

El primero de ellos no figura en la lista por la sencilla razón que ésta se inicia con el reinado de Ptolomeo II Filadelfo (285-246 a.C.). Posiblemente fue este rey quien creó oficialmente el cargo de director de la Biblioteca y, al parecer las malas relaciones existentes entre Demetrio de Falero y el sucesor de Ptolomeo I Sóter determinaron la elección de otro erudito alejandrino, Zenódoto de Efeso, como primer bibliotecario oficial al frente de la prestigiosa institución hacia el año 285 a.C.

En cuanto a Calímaco, el otro gran ausente, si bien tradicionalmente se le había considerado director de la Biblioteca, ninguna fuente confirma este extremo. Tal vez fue uno de los distintos bibliotecarios que ejercieron sus actividades a las órdenes del director y a él le fue encomenda-

<sup>25</sup> ESCOLAR, H., *El rapto de la literatura...*, op. cit., p. 67.

da una tarea de gran responsabilidad en la Biblioteca como veremos más tarde.

Así pues, los nombres que aparecen en la lista, corresponderían a lo que hoy denominamos «Director de la Biblioteca», si bien no podemos determinar con precisión cuál fue su denominación en aquel tiempo: «*encargado de la Biblioteca Real*», «*responsable de la Gran Biblioteca de Alejandría*» «*Bibliofilax*» (guardián de los archivos) y calificativos similares. Este hecho nos debe hacer pensar que quizás no existiese un término especial para designar al director de la misma.

Lo que sí sabemos es que el cargo de Director fue un nombramiento real de alto rango, muy prestigiado y que generalmente llevaba aparejado el papel de preceptor de los príncipes herederos. Como es natural, los Ptolomeos van a promover a dicho cargo a personas de gran prestigio intelectual. En efecto, los datos bibliográficos que han llegado a nosotros sobre algunos de estos bibliotecarios, nos hablan de su formación erudita y parece que sus actividades investigadoras siguieron desarrollándose dentro del Museo una vez elevados a la categoría de directores. El propio Vitruvio así lo señala concretamente en relación a Aristófanes: «*Leía sistemáticamente día tras día todos los libros existentes en la Biblioteca con un ardor y una diligencia sin límites*»<sup>26</sup>.

Prácticamente, todos ellos fueron grandes filólogos o *grammaticus* como se les denominaba en aquel tiempo. A ellos debemos la creación de la filología y la introducción del respeto por la corrección textual. Entre ellos, tal vez, la figura intelectual más polifacética fuera Eratóstenes quien parece gustaba de definirse a sí mismo como «filólogo» en el sentido etimológico de la palabra, como hombre versado en todos los conocimientos, amante del saber, ya que cultivó no sólo la filología sino también la poesía, la geografía, astronomía y cronología<sup>27</sup>.

Los testimonios que han llegado a nosotros nos muestran pues, un perfil de profesional erudito con una importante formación helenística. Pese a esta tónica general el último nombre que aparece en la lista, Kydas, hombre de armas, es un militar. La única explicación a este hecho tal vez se encuentre en el hecho de que posiblemente fuera el encargado de llevar a cabo la represión contra los disidentes del Museo hacia el 145 a.C., por orden del rey Ptolomeo VIII. Como recompensa al servicio prestado Kydas fue nombrado director de la Biblioteca<sup>28</sup>.

<sup>26</sup> *De Architectura*, VII, 6-7.

<sup>27</sup> Sobre los nombres, la formación y actividades intelectuales desarrolladas por los bibliotecarios de Alejandría ver, EL-ABBADI, M., *op. cit.*, pp. 100 y 122-132, y ESCOLAR, H., *El rapto de la literatura...*, *op. cit.*, pp. 71-88.

<sup>28</sup> *Ibid.*, p. 103.

Una vez expuestos los rasgos característicos de los profesionales que trabajaron en la famosa biblioteca, parece conveniente abordar cuáles fueron las tareas documentales que hicieron posible que aquella institución no fuera meramente un depósito para la conservación de unos fondos librarios, sino un auténtico organismo de difusión documental en el sentido actual del término.

### *Las tareas documentales*

En la Biblioteca Alejandrina las tareas propias del proceso informativo-documental se iniciaban con la fase de *incorporación* de los documentos al fondo para constituir el depósito de la Institución.

No podemos saber qué tipo de selección se llevaba a efecto, pero sin duda la valoración de la autenticidad del texto y su utilidad práctica debieron ser determinantes, en muchas ocasiones, para llevar a cabo la adquisición de los mismos. La selección debió presentarse cada vez más complicada conforme aumentaban los fondos, ya que había que averiguar si las obras ofrecidas estaban ya en biblioteca y, en caso afirmativo, si los ejemplares a seleccionar eran mejores o con valor suficiente para justificar su compra<sup>29</sup>.

Sí tenemos en cambio documentado el sistema de adquisición empleado en sus diversas modalidades: canje, compra y préstamo para su copia o transcripción.

La modalidad del canje era realmente muy «sui géneris», dado que las autoridades debían requisar, por mandato real, todos los rollos que se encontrasen en los barcos que llegaban al puerto de Alejandría. Tras ser revisado el volumen convenientemente, se decidía su devolución al dueño o bien quedaba a disposición de la Biblioteca, recibiendo su propietario una copia del ejemplar confiscado.

La compra de libros era otra forma de adquisición. Hasta nosotros han llegado noticias de la supuesta compra de la Biblioteca de Aristóteles por parte de Ptolomeo II. Normalmente, la compra de rollos se llevaba a cabo en diversos lugares, especialmente en Atenas y Rodas, los dos mercados más importantes de la época según nos informa Ateneo (I, 10). A veces se adquirían versiones de una misma obra, como es el caso de los textos homéricos, que llegaron desde Kíos, de Sínope o de Massalia. Por supuesto la compra se efectuaba también en la propia Alejandría en los ta-

---

<sup>29</sup> ESCOLAR, H., *Historia de...*, op. cit., p. 78.

lles comerciales establecidos en la ciudad. Es Galeno quien da noticia del enorme interés de la Biblioteca por adquirir las versiones originales de las obras de los autores más sobresalientes. Este hecho motivará un importante mercado de falsificaciones y rollos nuevos envejecidos que fueron comprados por la Biblioteca e incorporados al fondo<sup>30</sup>.

El último de los sistemas de adquisición mencionados parece que tuvo también cierta importancia en la configuración del fondo alejandrino. La solicitud de préstamo de obras a otros centros para su copia la tenemos atestiguada en el caso de los manuscritos oficiales de los poetas dramáticos griegos. Estos fueron solicitados por el rey egipcio al Archivo de Atenas, de donde estaba rigurosamente prohibido sacarlos. Pese a las dificultades iniciales, las obras llegaron a Alejandría en préstamo a cambio de una fuerte fianza (15 talentos de plata) que el rey perdió al quedarse con los originales y mandar a Atenas copias realizadas en el taller de la Biblioteca, según nos relata Galeno<sup>31</sup>.

Nuevamente es Galeno quien nos proporciona algunos datos acerca del camino seguido en el proceso por la Biblioteca alejandrina. Una vez que un libro había sido adquirido por cualquiera de los procedimientos señalados, el ejemplar recibía una etiqueta donde se hacía constar su procedencia. Concretamente, en el caso de los libros confiscados se anotaba «fondo de los barcos» y el nombre del dueño, porque según el médico griego «*en el caso de los pasajeros que llevaban libros, los funcionarios reales acostumbraban a inscribir el nombre del pasajero antes de colocar los libros en apothekai o almacenes, apilados en ciertos edificios a la espera de ponerlos a disposición de los lectores en las bibliotecas*»<sup>32</sup>.

Este texto resulta interesante ya que nos está indicando la existencia de depósitos de adquisiciones donde se llevaba a cabo el registro de los volúmenes. Por tanto, en el registro realizado por la Biblioteca se mencionaba la procedencia o el lugar de origen seguido del nombre del dueño. Pero, además, en él se hacía constar el nombre del autor y también el del erudito que había corregido o realizado la edición de aquel texto. Entre los datos aportados en el registro figuraba también el hecho de si el libro era «mezclado, es decir, si comprendía más de una obra, o por el contrario se trataba de un volumen «no mezclado» y por tanto con una sola obra. Por último se anotaba la extensión del texto contando el número total de líneas que lo componían<sup>33</sup>.

<sup>30</sup> *Ibid.*, p. 74.

<sup>31</sup> *In Hippocratem de Natura Hominis*, I, pp. 44-105 (= *Corpus Medicorum Graecorum*, V, 9.1, p. 55), cit. por EL-ABBADI, M., *op. cit.*, p. 108.

<sup>32</sup> GALENO, *ibid.*, iii, p. 4-11 cit. en EL-ABBADI, M., p. 110.

<sup>33</sup> EL-ABBADI, M., *op. cit.*, p. 111.

Tras esta etapa de incorporación al fondo se desarrollaba la fase de *conservación*, la más característica del proceso documental. En ella se realizaba el tratamiento de los documentos para hacerlos utilizables en el momento preciso y su posterior almacenamiento.

Del mismo modo que existía un libro de registro debieron realizarse también catálogos detallados de sus fondos. Si bien no se han conservado ninguno de ellos, las tareas de catalogación y clasificación estuvieron sin duda presentes en la Biblioteca y debieron seguir el procedimiento descriptivo utilizado por Calímaco en sus Pinaques o *Tablas de todos los que fueron eminentes en cualquier género literario y de sus obras*.

Antes de analizar esta gigantesca obra de referencia que fueron los Pinakes, vamos a señalar algunas notas sobre su autor. Poeta, gramático y erudito, Calímaco había nacido a finales del siglo IV a.C. en Cirene (Libia) emigrando en su juventud a Alejandría. En principio trabajó como maestro de escuela en un barrio pobre de la ciudad hasta que su fama de poeta lo llevó a la Corte. Muy pronto, por su gran talla intelectual y sus conocimientos enciclopédicos entró a trabajar en la Biblioteca recibiendo el encargo de confeccionar los famosos Pinakes.

Son escasos los fragmentos que han llegado hasta nosotros pero disponemos de algunas referencias antiguas<sup>34</sup>:

El escritor bizantino del siglo XII d.C. Tzetzes, tras hablar del número de volúmenes que integraban las dos bibliotecas, señala que Calímaco, «después de su revisión estableció unos Pinakes de los libros». Según esta descripción los Pinakes debieron ser un catálogo de los fondos de la institución. Por el contrario, el *Lexicón* de Suidas, del siglo X, nos dice que «Calímaco compuso... unos cuadros (Pinakes) de los autores que despuntaron en cada disciplina y de lo que escribieron en 120 libros». Esta segunda descripción nos informa de que los Pinakes fueron algo más que un simple catálogo de la Biblioteca que, probablemente ya existía. Se trataría en realidad de un inventario crítico de los libros griegos que se habían escrito hasta el momento.

La escasez de los restos conservados impiden averiguar y reconstruir el plan general de la obra. A pesar de este obstáculo los fragmentos que han llegado hasta nosotros nos permiten señalar algunas características de tan ingente obra<sup>35</sup>:

<sup>34</sup> *Ibid.*, p. 112.

<sup>35</sup> SCHMIDT, F., *Die Pinakes des Kallimachos*, Berlín, 1922, pp. 23-28. PFEIFFER, R., *Kallimachus*, 2 vols., Oxford 1948, 1953, fragmentos de los Pinakes, I, n.º 429-453, cit. en EL-ABBADI, M., *op. cit.*, p. 112.

1. El método esencial de clasificación de Calímaco fueron las materias: Retórica, Derecho, Poesía Épica, Tragedia, Comedia, Poesía Lírica, Historia, Medicina, Matemáticas, Ciencias Naturales y otras.
2. En cada apartado, y a veces subapartados, los autores estaban clasificados por orden alfabético.
3. Cada autor iba seguido por una breve nota biográfica y la relación de sus obras ordenadas alfabéticamente.
4. Junto al título de cada una de ellas figuraban las palabras iniciales, el número de líneas y una nota sobre su autenticidad.

Por tanto, es evidente que los Pinakes contenían mucha más información que un catálogo corriente y si bien su utilidad como instrumento para ordenar los fondos de la Biblioteca es clara, el número de obras descritas superaba la riqueza del fondo alejandrino. En ellos se encontraban obras que ya habían desaparecido en su tiempo por lo que difícilmente podía tratarse de un catálogo-inventario de la Biblioteca. Los Pinakes de Calímaco «sirvieron para hacer el inventario de los libros griegos que se habían escrito, ponerlos en orden, facilitar su manejo y estudio en la Biblioteca y evitar así su desaparición»<sup>36</sup>.

En cuanto al almacenamiento físico de aquellos fondos no tenemos referencia alguna. Obviamente dichos fondos debieron ser depositados ordenadamente en los estantes de las pequeñas salas acondicionadas como depósito. Tal vez se hallasen agrupados por materias y autores para facilitar su rápida localización, siguiendo la estructura marcada por Calímaco en su inventario. Las etiquetas de identificación que se les había asignado en el momento de su registro, sujetas al extremo del *umbilicus* o varita de madera sobre la que se enrollaba el papiro, permitían saber su contenido fácilmente sin necesidad de abrir el volumen.

Por último, la fase de *difusión*, tal y como ocurre en la actualidad, cerraba el proceso documental. Evidentemente, la actividad práctica que presidió el nacimiento de aquella magnífica colección hubiera carecido de sentido sin la puesta a disposición de los usuarios de sus fondos. En este punto algunas fuentes nos proporcionan datos significativos sobre la existencia de servicios de difusión así como de la elaboración de unos productos preparados por la Biblioteca en su tarea difusora, anticipándose a la demanda de los usuarios.

---

<sup>36</sup> GARRIDO ARILLA, M.<sup>a</sup> R., *Teoría e historia de la catalogación de documentos*. Madrid, Editorial Síntesis, 1996, pp. 62-63. ESCOLAR, H., *El rapto de la literatura...*, *op.cit.*, p. 74, e *Historia de las Bibliotecas...*, *op. cit.*, p. 85.

Los servicios de difusión solicitados por los usuarios y puestos en marcha por la institución permitían la lectura y consulta de los volúmenes en la propia Biblioteca, bien en las salas de estudio referidas por Aftonio, bien en los pórticos y jardines de la Biblioteca o del Museo.

Pero sabemos también de la existencia del préstamo como forma de difusión, no sólo de carácter temporal, que posiblemente existió, sino de carácter permanente a través de la entrega de una copia del texto requerido. Así nos lo confirma el hallazgo de un fragmento de papiro del siglo III a.C. encontrado en El Fayum. Se trata de una acotación que acompañaba a unos rollos enviados desde Alejandría y dirigidos «a *Efarmostos, recopilación de los discursos diplomáticos de Calístenes...*»<sup>37</sup>. Esto nos permite afirmar que las obras de Calístenes, sobrino y pupilo de Aristóteles, que habían sido depositadas en las Biblioteca de Alejandría, eran también solicitadas desde fuera de la capital y servidas por la Biblioteca al solicitante tras ser copiadas en el *scriptorium*<sup>38</sup>. Este mismo sistema sería utilizado por el emperador Domiciano en el s. II d.C. para reponer unos libros que se habían destruido en un incendio a comienzos de su reinado<sup>39</sup>.

Dentro de los productos de difusión ofrecidos por los bibliotecarios alejandrinos podemos considerar las listas selectivas y las traducciones. En cuanto a las primeras, parece que fueron elaboradas por los bibliotecarios Aristófanes y Aristarco. Se trataban de listas donde figuraban los principales cultivadores de los distintos géneros. La gran producción de libros en continuo crecimiento que llegaban a la Biblioteca hacía cada vez más difícil a los usuarios conocer el fondo bibliográfico. Por tanto, su finalidad era la de ayudar a los usuarios a seleccionar entre todos los fondos conservados aquellos que mejor pudieran servir a sus necesidades de información. Éstos podían centrarse en unos pocos autores y en un número reducido de obras, sin perder su tiempo en otros textos que la crítica realizada por los bibliotecarios desaconsejaba. Esta actividad de indudable servicio a los lectores tendrá también una parte negativa ya que aquellos autores y obras que no figuraban en ellas dejaron de leerse y de copiarse, terminando por desaparecer<sup>40</sup>.

Las tareas de traducción efectuadas en la Biblioteca pueden ser consideradas igualmente como un producto de difusión. Así, al servicio de la comunidad judía de Alejandría, la mayoría de cuyos miembros acabaron hablando exclusivamente griego, se llevó a cabo la traducción de la Biblia.

<sup>37</sup> *Papiro de Zenón*, II (= *Papyri Columbia*, IV), 60.

<sup>38</sup> EL-ABBADI, M., *op. cit.*, p. 107.

<sup>39</sup> ESCOLAR, H., *Historia de...*, *op. cit.*, p. 90.

<sup>40</sup> H. ESCOLAR, en su *Historia de las Bibliotecas*, recoge una de estas listas dada por Sandys acerca de poetas, oradores e historiadores griegos seleccionados, p. 83.



Según la *Carta de Aristeas a Filócrates* (s. II a.C.) fue el propio Demetrio de Falero quien propuso al rey la necesidad de que los libros sagrados de los judíos se incorporaran al fondo de la Biblioteca, pero traducidos al griego<sup>41</sup>. Esta labor fue posible gracias a la abundancia de material de investigación disponible en la Biblioteca.

Tenemos igualmente constancia de que los *Anales Sagrados* egipcios fueron traducidos para ofrecer a los historiadores, como Hecateo de Abdera, facilidades en sus tareas de investigación. Lo mismo podemos decir acerca de las traducciones de textos religiosos orientales sobre zoroastrismo y budismo<sup>42</sup>.

#### EL FONDO DE LA BIBLIOTECA

Abordar el elemento central del proceso documental, es decir, de los documentos, es fundamental si queremos comprender la importancia y trascendencia de esta institución bibliotecaria. Por ello, en primer lugar vamos a señalar la cuantía del fondo para pasar a continuación a examinar la naturaleza de la colección.

En cuanto al primer término, son diversos los testimonios que nos hablan del afán incansable de los Ptolomeos por hacer de esta institución la más rica de la Antigüedad. Así, ya en el s. II a.C. la *Carta de Aristeas* recoge el hecho de que «*Demetrio de Falero... recibió sumas importantes para la adquisición, en la medida de lo posible, de todos los libros existentes en el mundo. Mediante compras y transcripciones, logró cumplir la voluntad real hasta el límite de sus posibilidades. Yo estaba presente cuando se le preguntó: «¿cuántas decenas de miles de volúmenes hay?». Respondió: «Más de veinte, majestad, pero voy a realizar todas las diligencias necesarias para llegar a los quinientos mil?»*»<sup>43</sup>.

La existencia de 200.000 vols. en tiempos de su fundador, posiblemente no sea cierta pero es indudable que el enorme número de ejemplares fue reconocido por los contemporáneos y se mantuvo en el recuerdo de los estudiosos medievales. Otras fuentes hablan de 500.000 y hasta de 700.000 volúmenes:

- Aulio Gelio (s. II d.C) en sus *Noches Áticas* habla de 700.000 vols. en el s. I a.C. cuando la biblioteca ardió en la Guerra de César.

<sup>41</sup> *Ibid.*, p. 67, y del mismo autor, *El rapto de la literatura...*, *op. cit.*, p. 69.

<sup>42</sup> EL-ABBADI, M., *op. cit.*, pp. 108-110.

<sup>43</sup> *Carta de Aristeas a Filócrates*, 9-10.

- Juan Tzetzes en sus *Prolegómenos a Aristófanes* (s. XII) habla de 400.000 «mezclados» y 90.000 «sin mezcla», es decir, casi un total de medio millón de volúmenes.

Todas estas cifras son inverosímiles y muy bien pudiera tratarse del error o la intencionada exageración de multiplicar por diez. En vez de 200.000 fueran 20.000, 50.000 y 70.000 tal y como opina H. Escolar. Para este autor, suponiendo que la Biblioteca adquiriera lo más importante y lo de mediana importancia que circuló en forma de libro, no pudo poseer, en tiempos de Calímaco (mediados del s. III), más de 10.000 obras o títulos distintos. Esta cifra podía haberse duplicado al acabar el reinado de los Ptolomeos, a mediados del s. I. Si a estos se añaden los abundantes duplicados, tal vez más de la mitad de los vols. fueran obras repetidas, y teniendo en cuenta que algunas obras ocupaban varios rollos, tal vez fueran 50.000 los volúmenes reales<sup>44</sup>. Pese a esta drástica reducción, el número de libros fue grande, superior con mucho a cualquier otra biblioteca de la Edad Antigua.

En cuanto a la naturaleza de aquel fondo parece claro que fue esta una biblioteca totalmente griega. Es casi seguro que la práctica totalidad de los libros debió estar escrita en griego y que la mayoría de los autores allí representados debieron ser igualmente griegos<sup>45</sup>. Pero, los Ptolomeos desearon que su Biblioteca fuera universal. No sólo debía contener lo fundamental del saber griego, sino también los escritos de todos los países que luego serían traducidos al griego e incorporados al fondo. Las traducciones debieron corresponder principalmente a obras científicas para poder así cubrir las necesidades investigadores de los miembros del Museo. Parece también clara la existencia, como ya hemos señalado, de obras de carácter religioso y de carácter histórico como es el caso de algunos libros de historiadores fenicios, cuyas citas conocemos por historiadores griegos posteriores.

El fondo de esta riquísima biblioteca abarcaba, por tanto, las diversas ramas del saber, especialmente aquellas que eran cultivadas por los eruditos alejandrinos.

#### LOS USUARIOS DE LA INSTITUCIÓN

Tras haber abordado el estudio de los bibliotecarios y de los fondos corresponde ahora señalar quiénes fueron los sujetos documentales desti-

<sup>44</sup> ESCOLAR, H., *Historia de las...*, op. cit., p. 79.

<sup>45</sup> *Ibid.*, p. 74.

natarios del proceso documental. Parece claro, por lo dicho a lo largo de la exposición, que los usuarios de la Institución Alejandrina fueron los eruditos e intelectuales que desarrollaron sus actividades científicas durante los siglos de pervivencia de la Biblioteca.

En primer lugar, aquellos investigadores que conformaban el Museo de Alejandría ya que la Biblioteca nace como consecuencia de sus necesidades de información. Los matemáticos, geógrafos, médicos, astrónomos y filólogos que convivieron en aquella «jaula de la Musas», como sarcásticamente denomina Timón de Fliunte, a aquel centro de erudición, encontraron en la Biblioteca el instrumento eficaz para llevar a término sus investigaciones.

Pero además, la existencia de círculos y escuelas intelectuales independientes del Museo desde el siglo III a.C. debió representar una importante afluencia de usuarios para la Biblioteca. No hay que olvidar que la continua llegada de eruditos y estudiantes a Alejandría habían convertido la ciudad en un centro intelectual de primer orden y no sería aventurado asegurar que los importantes fondos bibliográficos estuvieron a su disposición. Se sabe que Estrabón se trasladó a Alejandría a finales del siglo I a.C. y permaneció durante cuatro años consultando los fondos y recogiendo material para la elaboración de su obra geográfica. También el escritor Ateneo viajó desde Roma a Alejandría donde utilizó más de 1.500 volúmenes de la Biblioteca para componer *El banquete de los Sabios*.

Aunque estos dos grupos señalados fueran los principales usuarios de la Biblioteca, sabemos también que desde todos los puntos del Mediterráneo los hombres de ciencia tuvieron acceso a sus fondos, no ya directamente viajando hasta Alejandría como hicieron Estrabón y Ateneo, sino solicitando a la Biblioteca, desde su lugar de residencia, la copia de los textos de su interés como ya hemos visto.

Según esto, el tipo de usuario que acudía a la Biblioteca era un usuario cosmopolita, erudito e imbricado en las tareas de investigación que se llevaban a cabo en los círculos intelectuales helenísticos.

## LA INFLUENCIA ALEJANDRINA EN LAS BIBLIOTECAS HELENÍSTICAS

El influjo ejercido por la Biblioteca de Alejandría debió ser importante. Aunque no tenemos nada más que noticias sueltas y ocasionales, sabemos que después de la creación de ésta, el número de bibliotecas públicas creció y a ellas acudían los estudiosos en busca de información. Los reyes helenísticos sintieron deseos de emular a los Ptolomeo y así, los Atálidas en Pérgamo, los Seléucidas en Antioquía, los Macedonios en Pella, Hierón

en Siracusa y Mitridates en el Ponto crearon bibliotecas e invitaron a grandes hombres de su tiempo a vivir en sus cortes y a trabajar en sus fondos librarios. De todas estas bibliotecas, la única que al parecer pudo rivalizar con Alejandría fue la de Pérgamo, reino de Asia Menor. Tras la proclamación de Atalo I como rey se inicia la dinastía atálida que se extingue tras la muerte de Atalo III en 133 a.C. y la entrega del territorio a los romanos<sup>46</sup>.

#### LA BIBLIOTECA DE PÉRGAMO

Aunque las fuentes escritas son realmente escasas su fundación, según Estrabón, fue obra de Eumenes II en la primera mitad del siglo II a.C.

A la parquedad de las fuentes escritas se ha sumado afortunadamente la arqueología y ésta ha permitido averiguar algunos pormenores de esta biblioteca helenística. Hacia los años setenta del pasado siglo los arqueólogos alemanes tras localizar la acrópolis de la ciudad de Pérgamo descubrieron, junto al templo de Atenea, unos restos que pudieron corresponder a la famosa biblioteca. Junto al templo se ubicaba un patio cerrado por dos pórticos con columnas y, adosada a uno de ellos, una gran sala dividida en varias estancias. Posiblemente la mayor de ellas, debió corresponder al vestíbulo y las habitaciones interiores a los depósitos. En ellas quedaban restos en los muros de unos orificios al parecer destinados a sujetar las estanterías o anaqueles del mismo. La existencia de unas basas de columnas con los nombres de Heródoto, Homero y otros autores griegos hace presumible la existencia de sus bustos adornando el recinto. El hecho de contar con un pórtico contiguo hace también muy probable que éste fuera utilizado como «sala de lectura» costumbre, como ya se ha señalado, habitual en la época<sup>47</sup>.

Poco más sabemos sobre su historia y sobre las actividades documentales que en ella se desarrollaron. En cambio conocemos el nombre de su primer bibliotecario, Crates de Malos, un filósofo estoico que alcanzó gran prestigio en Roma, a donde llegó como embajador del rey atálida. Posiblemente, aunque en menor escala, los bibliotecarios de Pérgamo debieron seguir el esquema trazado por la Biblioteca de Alejandría en la organización de sus fondos. Las noticias sobre la elaboración de unos pinakes hechos en la biblioteca, a imitación de los de Calímaco, parece confirmar este extremo.

En cuanto a la calidad y cantidad de sus fondos sólo sabemos que no alcanzaron el elevado número de su modelo, pese a lo cual tampoco de-

<sup>46</sup> ESCOLAR, H., *Historia...*, *op. cit.*, p. 58.

<sup>47</sup> *Ibid.*, p. 58.

bieron ser nada desdeñables. Plutarco, en su vida de Marco Antonio, habla de que éste ofreció a Cleopatra 200.000 volúmenes de esta biblioteca<sup>48</sup>.

Las noticias antiguas señalan una cierta rivalidad entre los dos más importantes bibliotecas helenísticas de la época al disputarse incluso a sus bibliotecarios. Así, parece que Eumenes II intentó raptar, tras ofrecerle el cargo de bibliotecario, a Aristófanes que como sabemos era director de la Biblioteca de Alejandría. Este hecho terminó con la prisión del competente bibliotecario decretada por Ptolomeo IV para evitar su desertión.

Esta rivalidad es puesta también de manifiesto por el escritor romano Plinio el Viejo. Al parecer, a comienzos del s. II el rey egipcio prohibió la exportación de papiro a Pérgamo, con el fin de impedir que el desarrollo de la Biblioteca de Pérgamo eclipsase a la de Alejandría. Ante la carencia del material escrito los bibliotecarios se vieron precisados a utilizar el pergamino para la realización de la copia de textos.

Aunque la piel ya había sido utilizado en la Antigüedad por otras sociedades parece que, bajo los atálidas, se halló el medio de perfeccionar su fabricación como soporte de la escritura, produciendo a gran escala con vistas a su exportación por la abundancia de materia prima, el ganado. No es posible averiguar la parte de leyenda o de verdad de la historia que Plinio, citando a Varrón, nos cuenta; sin embargo el nuevo nombre que recibió este material escritórico, *pergamino*, en lugar de *diphtherai* como era nombrado anteriormente, resulta muy significativo.

Pese a que la Biblioteca de Pérgamo no alcanzó nunca una posición tan elevada en el mundo de la cultura como tuvo la de Alejandría, ha dejado una huella importante en la historia del libro si es cierta la atribución que se le hace del auge del pergamino como soporte de la escritura<sup>49</sup>.

## CONCLUSIONES

Son varias las conclusiones que podemos señalar una vez analizada la institución biblioteca en el ámbito helenístico.

- 1.º La biblioteca helenística fue una institución al servicio de la erudición y de la investigación científica.
- 2.º Fue también una institución de carácter público en el sentido que a ella tuvieron acceso todos aquellos ciudadanos con inquietudes intelectuales.

<sup>48</sup> PLUTARCO, *Antonio*, 58.

<sup>49</sup> DAHL, S., *Historia del libro*, Madrid, Alianza Editorial, 1972, p. 30.

- 3.º Las necesidades de información de sus usuarios van a determinar la existencia de unas actividades documentales, inherentes al proceso informativo-documental, como medio de facilitar el conocimiento y la difusión de sus ricos fondos bibliográficos.
- 4.º Este modelo de biblioteca helenística, cuyo paradigma fue la biblioteca de Alejandría, define por vez primera los principios y métodos de la investigación científica así como la crítica de textos. De hecho, los investigadores tuvieron en los libros de esta institución una herramienta imprescindible en su trabajo diario.
- 5.º La biblioteca helenística aporta un claro carácter de universalidad, no sólo por las disciplinas científicas representadas en sus fondos, sino también, por el diverso origen geopolítico de sus usuarios, procedentes de todos los lugares del mundo helenístico.

En definitiva, las bibliotecas helenísticas se inscriben dentro de un importantísimo movimiento científico sin precedente alguno hasta la llegada de la Edad Moderna. La memoria de la más sobresaliente de todas aquellas bibliotecas, la de Alejandría, no fue nunca olvidada. En 1922 E. M. Forster, en su obra-guía sobre la ciudad de Alejandría recuerda que «las matemáticas, la geografía, la astronomía, la medicina... todas estas disciplinas alcanzaron la madurez en el pequeño espacio de tierra entre la actual Rue Rosette y el mar; y si tuviéramos un mínimo sentido de la justicia hoy se alzaría allí un monumento en su honor»<sup>50</sup>. Pues bien, ese deseo del escritor inglés es hoy una realidad. La Unesco, a partir de la idea de un grupo de profesores de la Universidad de Alejandría, patrocina uno de los más importantes proyectos culturales de nuestro siglo: la creación de una nueva Biblioteca de Alejandría<sup>51</sup>. Su ubicación en el área de los Palacios Reales y su deseo de constituirse en una Biblioteca pública y de investigación de carácter universal para el área del Mediterráneo y del Oriente Medio, nos evoca la pretensión hecha realidad de la dinastía Ptolomaica.

<sup>50</sup> FORSTER, E. M., *Alejandría*. Prólogo de L. Durrell. 2.ª ed., Barcelona, Seix Barral, 1984, p. 63.

<sup>51</sup> FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ, C., «La Biblioteca de Alejandría: pasado y futuro», *Revista General de Información y Documentación*, 5, 1, 1955, pp. 167-178; SALABERRÍA, R., «Asociación de Amigos de la Biblioteca de Alejandría», *Educación y Biblioteca*, 45, 1994, pp. 12-13. Del mismo autor y en el mismo n.º de revista: «La próxima Biblioteca de Alejandría», p. 11, y «Project Manager de la Biblioteca de Alejandría», pp. 6-8.